

DISCURSO
QUE
EL 15 DE SETIEMBRE
DE
1861
PRONUNCIÓ EN ESTA CAPITAL
EL CIUDADANO
ESTANISLAO CANEDO.

MONTEREY.

IMPRESA DEL GOBIERNO,
a cargo de Victorio Flores.

226
1

NL
865
C

Discurso, por Estanislao Cañedo 1861

35d

F 12
C 3
186

ML 972

9(72.03)(042)

DISCURSO

QUE

EL 16 DE SETIEMBRE

DE

1861

PRONUNCIÓ EN ESTA CAPITAL

EL CIUDADANO

ESTANISLAO GANEDO



MONTEREY.



IMPRESA DEL GOBIERNO,

A CARGO DE VIVIANO FLOR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

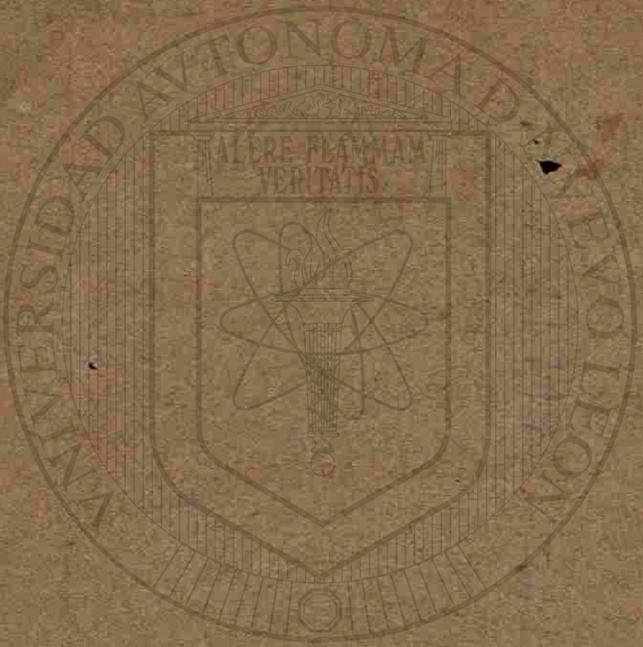
"ALFONSO REYES"

1865 MONTEREY, MEXICO

42984

- 52775

N
85
C



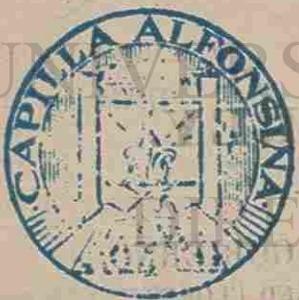
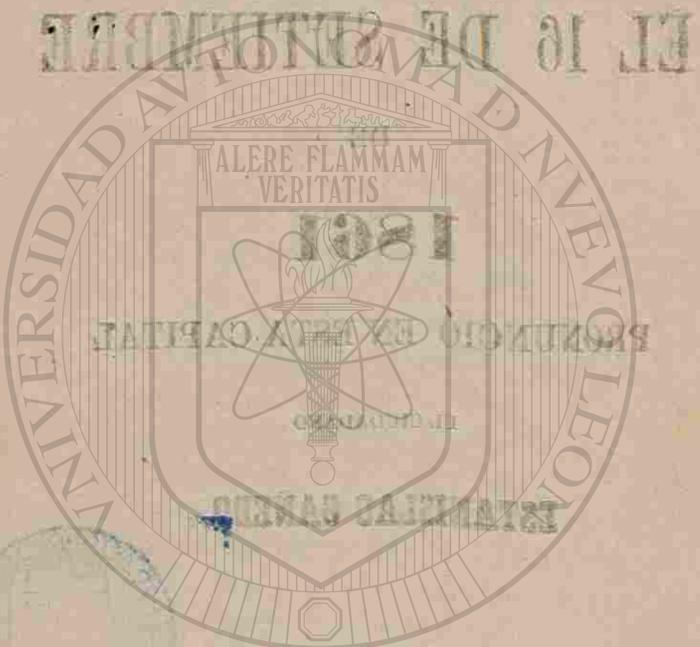
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA

F1226
C3
1861



1020107958



FONDO NUEVO LEON

62094

NL
972.0304
C 235 d
43984

Núm. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Adg. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

CONCIUDADANOS:

Al entonar un himno patriótico en honra de este glorioso aniversario que llena de orgullo á la Nación, dos sentimientos distintos, uno de gozo profundo, otro de inquietud indefinible se apoderan del corazón.

Es que á nuestros ojos aparecen los dos grandes dramas de nuestra historia nacional.

La Guerra de la Independencia.

La Guerra de la Reforma Social.

Por una parte, resuena el grito mágico del gran Hidalgo, el estruendo de las armas, el estallido del cañon, los cantos guerreros de nuestras heroicas falanjes, los tristes gemidos de los mártires de la Nación; y el corazón reboza de gozo porque esos esfuerzos patrióticos nos dieron el ser político, la independencia nacional.

Por otra parte, aparece la Reforma llena de esplendor, proclamando la emancipacion moral

del pueblo mexicano y derramando en su seno aquellos principios regeneradores de progreso é ilustracion que dió á luz el siglo pasado y que van, como por encanto, transformando á las generaciones modernas. Pero ¡ah! al alcanzar el término de tan brillante carrera, surge el indómito genio de la anarquía, envidioso, amenazador, resuelto á defender con desnudo la rica prenda que estaba por perder; y nuestro corazon se cubre de luto y se llena de inquietud porque en esta nueva lucha la Revolucion reformista transige con la anarquía, se desvia del recto sendero y compromete su triunfo final.

Entre estos dos sentimientos fluctúa hoy dia la angustiada Nacion.

Para el Pasado tiene flores: para el Presente, lágrimas, afliccion.

La Independencia y la Reforma, procedentes ambas de la misma causa superior, el desarrollo natural y forzoso de los pueblos, nos inspiran sin embargo, en sus efectos inmediatos, sensaciones distintas; y el aniversario de hoy, lejos de oponerse á la pública manifestacion de éstos contrastes, nos impone el deber de considerarlos detenidamente.

El dia que dió vida á la Nacion debe de ser propicio para conjurar los males que ésta resiente actualmente, que opacan su brillo y pueden entrañar su destruccion.

Estas consideraciones filosóficas son menos halagüeñas para el entusiasmo nacional que una mirada retrospectiva hácia los tiempos heroicos que conquistaron nuestra Independencia.

Los pueblos gustan verse retratados en los grandes hechos de sus antepasados y robustecer sus virtudes cívicas, su fé nacional, con el recuerdo de aquellos ciudadanos, beneméritos de la Patria, que por ella vivieron con lustre y por ella con gloria supieron morir.

¡Cuan grato nos sería pues hablar exclusivamente de nuestro pasado histórico, pintar aquella época heroica que inició el grito de Dolores y terminó la entrada triunfal en México del ejército trigarante: época de padecimientos y de pruebas, de valor estoico y sublime abnegacion: época que presencié la lucha encarnizada y sangrienta por medio de la cual los siervos de un monarca europeo conquistaron el precioso título de ciudadanos libres y la independencia de esta Pátria hermosa, mas digna de amor á medida que aumentan sus desgracias y corre mas sangre de sus heridas!

¡Cuan grato sería detenernos ante el grandioso espectáculo que presenta aquella epopeya en que figuraron los Hídalgo, y los Allendes, los Morelos y los Matamoros, los Guerrero y los Iturbides y tantos varones ilustres, tantos ínclitos caudillos que con su indomable constancia sostuvieron la Gran Causa y con su muerte á la Pátria dieron vida!

Durante once años seguiríamos con ansia los progresos de aquellas falanges de la Independencia que no triunfaron de sus enemigos sino despues de haber triunfado del hambre, de la desnudez y de los innumerables obstáculos fi-

42984

sicos y morales que el trono y el altar, unidos, amontonaron á porfia durante tres siglos para contener en México á las masas y perpetuar sobre ellas una dominacion sin rival.

Veriamos los campos talados, las ciudades humeantes, levantados los cadalzos, porquiera la destruccion; pero sobreponiendose á tantas calamidades el característico espíritu nacional: vencido á veces, doblegado jamás.

Tal es la época que sirvió de cuna á la independencia mexicana, tal la época con cuyos nobles recuerdos podríamos mecer al orgullo nacional.

Mas al tener fija la vista en aquel cuadro brillante que nos legaron nuestros padres, sin considerar el que nos presenta la actualidad con colores tan osenos, dariamos á entender que, siguiendo la República una marcha próspera y normal, nuestra imaginacion descansada invoca las inspiraciones del Pasado sin temer las convulsiones de un Presente triste y aciago en demasía.

Desgraciadamente no es tan halagüena la situacion.

Los agudos gemidos de la Pátria, de ésta madre adolorida, nos llegan al corazon.

Indaguémos pues la causa de las convulsiones que padece el pueblo mexicano.

Considerémos á la Nacion obedeciendo al impulso de principios generales cuya influencia es universal, pero obedeciendole en la órbita de sus facultades físicas y morales, es decir, deduciendo su transformacion; no solo de la fuente comun

del moderno Progreso, sino tambien de las causas peculiares á su esencia social.

Los impulsos morales no pueden afectar á todos los pueblos de la tierra en grado igual ni precisamente de la misma manera. Mil consideraciones de clima, de raza, de posicion geográfica y de antecedentes históricos modifican hasta cierto punto la forma en que se efectúa la transformacion de una sociedad, aunque el fondo siempre sea el mismo.

De acuerdo con éste principio fijémos el valor intrínseco de los elementos sociales que han constituido sucesivamente á nuestra nacion desde su independencia hasta la época presente, invoquémos las luces de la experiencia histórica y deduzcamos las consecuencias que nos proporcionen éste estudio tan delicado de nuestro ser político; estudio capaz de herir en algunos puntos al ciego espíritu de partido, pero que estimará en su justo valor el gran espíritu nacional.

Cuando hace mas de medio siglo, un venerable anciano, un humilde ministro de la Religion, movido por la misteriosa inspiracion de una voz divina, proclamó la independencia de México; cuando el inmortal Hidalgo dió el noble grito de Dolores, sus palabras cayeron en el corazon de millones de Mexicanos como una chispa eléctrica que pronto se convirtió en vasto incendio para consumir el edificio político que la España habia levantado á duras penas mediante tres siglos de incesantes trabajos.

Este resultado maravilloso podria dar á en-

tender que los pueblos de Nueva España, preparados de ante mano para la libertad en fuerza de su cultura intelectual, como lo estaban los Estados- Unidos al tiempo de separarse de la madre-patria, no esperaban mas que una señal para empuñar las armas y, vencido el enemigo, ejecutar un plan político bien conocido é hijo de profundas convicciones.

Nada de ésto, Señores.

El grito de Dolores despertó al pueblo mexicano de un profundo letargo en que yacía bajo el pesado yugo de la mas deplorable postracion moral.

El pueblo mexicano no habia, como el de los Estados- Unidos, heredado de su metrópoli los beneficios de la revolucion social que inauguró el siglo décimo octavo.

El pueblo de Franklin, ilustrado tanto por la tradicion de sus padres como por su continuo contacto con el movimiento intelectual de la Europa, recibió una educacion liberal y no fué contenido en los estrechos y mezquinos límites que fijó la zelosa España á su desgraciada colonia.

Ese pueblo, al levantar el estandarte de la insurreccion, pudo aprovechar desde luego todos los elementos de la moderna organizacion social. No tuvo que padecer las convulsiones intestinas hijas de principios heterogéneos, de intereses opuestos, de miras discordantes. Un clero opulento é influente en demasía, una aristocracia poderosa, no paralizaban su accion que pudo dirijir esclusivamente contra el enemigo nacional.

Los padres de aquella nacion encontraron á un pueblo culto é imbuido ya en todos los principios de la civilizacion moderna; su obra, una vez alcanzada la independencia del país, se redujo pues á sancionar el espíritu y, en muchos casos, la letra misma de sus anteriores instituciones públicas con las pocas variaciones esenciales que exigia su nueva condicion política.

Washington, al ponerse á la cabeza del movimiento revolucionario de su pueblo, se dejó llevar de la corriente popular; las ideas de su siglo lo impulsaban de una manera irresistible. El era resultado de una causa superior que habia movido ya los ánimos de todos sus conciudadanos antes de confiarle la brillante espada de la libertad que legó gloriosa y sin mancha á las generaciones futuras.

El pueblo mexicano, al contrario, tuvo que vencer la corriente de tres siglos para proclamar su emancipacion política.

Hundido en las tinieblas de una espantosa ignorancia, de un fanatismo ciego y de una inercia forzosa, habia visto destruir en su seno todos los elementos que podian contribuir á levantarlo en la escala social y hacer de él una entidad poderosa é ilustrada.

El principio dominador logró, en fuerza de habilidad y de constancia, reducir á sus súbditos al estado de instrumentos pasivos de la prosperidad financiera que disfrutaban la corona y sus numerosos validos.

El movimiento intelectual de la Europa, no obstante su poderoso impulso, en vano trató de

salvar los confines del vireinato cuyos habitantes ignoraban hasta el carácter del siglo en que vivían.

De vez en cuando, una chispa procedente de aquel foco de luces que el siglo pasado derramó sobre la humanidad doliente, lograba burlar los rezelos del Gobierno colonial. Entouces, fecundado por su mágico contacto, algun génio privilegiado llegaba á alcanzar el nivel de las inteligencias europeas y se volvía una protesta viva contra la opresion que subyugaba á un pueblo tan digno de mejor suerte.

Esta política de avasallamiento físico y moral, auxiliada poderosamente, con pocas y sublimes excepciones, por los ministros del altar, produjo los lamentables resultados que eran de esperarse.

No es nuestro objeto pintar en su origen ni en su desarrollo éste sistema de gobierno ni tampoco considerar si la conducta de España fué hija de un egoismo perverso y calculado ó del carácter de tiempos pasados en que los preceptos del Evangelio no encadenaban la conciencia de una Magestad Católica victoriosa ni defendían á millones de seres humanos venidos y rendidos á discrecion.

Dejarémos tambien á un lado las apreciaciones de un historiador, que se dice nacional, y cifra la prosperidad que disfrutaba la colonia, en los crecidos tributos que ésta pagaba á su metrópoli así como en la satisfaccion que sentían en el país algunos ricos homes, algunos clerigos y empleados reales, al considerar un

statu quo que les era tan favorable y tan productivo.

Bástenos manifestar que, al cabo de tres siglos de semejante sujecion, millones de seres humanos que Dios habia hecho á su semejanza, á quienes habia dado una alma inmortal, llegaron al grado de decadencia moral en que los sorprendió el grito de Dolores.

Hidalgo, al conmover hasta en sus cimientos á nuestra sociedad, tuvo pues que crear el mismo el movimiento nacional en vez de dejarse arrastrar por su corriente.

Washington habia sido hijo de la revolucion que dió la independencía á su patria.

Hidalgo fué padre de la que tan gloriosamente libertó á la suya.

El primero fué consecuencia, el segundo causa de la explosion nacional que arrancó á sus respectivas metrópolis las dos primeras Repúblicas del continente americano.

Fácil es pues comprender que los Mexicanos se lanzaren á la lucha obedeciendo mas bien á una necesidad imperiosa de independencía que á un sentimiento filosófico de libertad que no podían aun conocer. Sintieronse movidos por aquella inspiracion misteriosa que impulsa al hombre á combatir por la tierra en que vió la luz primera y á libertarla de la extraña dominacion.

Pero si los campos de batalla son propios para romper los grillos de la esclavitud, no lo son para cosechar los beneficios que proceden del choque de las armas.

Estos beneficios son siempre posteriores á la accion de la fuerza material.

Durante la contienda armada una nacion no se puede ilustrar; toda su capacidad, toda su potencia, están reconcentradas en el elemento militante.

La cultura moral é intelectual de los pueblos no se alcanza sino bajo la sombra fecundante del árbol sagrado de la Paz.

Así pues, en 1821, consumada ya la Independencia, los Mexicanos habian recorrido, segun las palabras del inmortal Iturbide, *el inmenso espacio que hay desde la esclavitud á la libertad*, pero les quedaba aun que recorrer todo el que separa el oscurantismo de la ilustracion nacional.

Habian sacudido el avasallamiento político, mas no el avasallamiento moral.

Es que los vicios de un gobierno bastardo desmoralizan con facilidad y asombrosa prontitud á un pueblo, mientras que se necesita para alcanzar su rehabilitacion moral el auxilio del tiempo, la propagacion de las luces y una dolorosísima conmocion social.

El ejemplo de la Revolucion francesa está fresco aun para manifestar la exactitud de este principio.

Ese ejemplo se invoca constantemente entre nosotros para normar la marcha de nuestra crisis social y, aunque éste sistema de comparacion sea inoportuno y exagerado en muchos puntos de trascendental importancia, no deja,

sin embargo, de presentar analogías marcadas; procediendo ambas revoluciones de una fuente comun.

El pueblo francés sacudió el yugo que le habian impuesto tambien el trono y el altar, tan pronto como empezó á disfrutar de la herencia que Guttemberg habia legado á la humanidad.

La imprenta dió alas al pensamiento y la ciencia no fué ya mas el esclusivo dominio de ciertos poseedores de viejos pergaminos; se propagó como por encanto y fecundó paulatinamente al reino intelectual que necesita de improbos trabajos y de constantes esfuerzos para dar productos de alguna valía.

Al principio, empezóse á escribir para la corte, para los nobles, para las pocas inteligencias cultivadas, pero sin atacar la causa primera de la vigente organizacion política: el despotismo real, la excesiva influencia teocrática, la usurpacion social de las clases privilegiadas.

La soberania ilimitada de los pocos y el avasallamiento degradante de los muchos, no encontraron desde luego contradictores de suficiente genio y valor.

Pero despues del reinado de Luis XIV, despues de las hermosas producciones literarias que, en su mayor parte, sirvieron de incensarios á la real potestad, aparecieron los hombres pensadores, vió la luz primera la literatura que no solo se dirigia al rico en su palacio sino tambien al pobre en su guardilla.

Entonces se oyó un rugido popular, tímido aun y sofocado por el clamoréo del Pasado, pe-

ro que á éste hizo estremecer y asomar en lontananza al risueño Porvenir.

A medida que se propagaban las luces crecía de punto el primitivo rugido hasta que alcanzó las proporciones de un estruendo horroroso que, conmoviendo al Mundo, dió á luz la Revolucion.

Recordó el hombre su esencia inmortal, sintió que un subterfugio hábil y sancionado por los siglos le había arrebatado el ejercicio de sus derechos naturales, la dignidad de su condicion humana, y juró recuperar de nuevo, aun al precio de su existencia, ambos bienes perdidos.

En éstos momentos supremos la sociedad sintió un desquiciamiento general y llegó á entrever su ruina. Movieronse con febril ardor todas las clases que la componian: el cielo inspiró ángeles, arrojó el infierno monstruos de iniquidad: el rey, el noble y el sacerdote, el militar, el artesano y el vasallo pusieron en accion para representar su respectivo papel en el Gran Drama é inclinar la balanza social en su favor.

Desarrollóse la tempestad. Un huracan devastador hundió á la Francia en las tinieblas espantosas de la ira popular. Arroyos de lágrimas y de sangre arrastraron en su curso desordenado á las coronas, á los títulos y privilegios, á la riqueza de los magnates, á los bienes eclesiásticos á las barreras monacales y á cuantos escombros dejaba esparcidos el Pasado vencido y humillado.

En fin, terminó el primer período de la Revolucion, período indispensable y preparatorio,

período esencialmente negativo, período esclusivo de *Destruccion*.

Este período es propio para disipar los miasmas fétidos de una atmósfera social corrompida, pero á condicion de ser corta su duracion. Es una tempestad cuyos resultados pueden ser benéficos pero que no por ésto deja de ser tempestad, es decir, un mal positivo que no se puede aguantar sino en vista de su esencia anormal, de su existencia momentánea.

Pasado el tiempo de su reinado tiene que ceder el campo á la calma, sola capaz de consolidar el edificio social sobre sus nuevas bases.

Entonces empieza el segundo período de la Revolucion, período que la consuma, período eminentemente positivo, período esclusivo de *Reedificacion*.

Tenemos pues presentes los dos principios que entraña la revolucion reformista y que presentan entre sí, á primera vista, una aparente incompatibilidad.

1º El principio de Destruccion.

2º El principio de Reedificacion.

No obstante el comun origen de éstos dos principios, es decir, el irresistible impulso sentido por la humanidad para mejorar su condicion aun mediante males terribles pero pasajeros, el primero, el principio de Destruccion, llegado el término de su reinado, no cede el campo al segundo, al principio de Reedificacion, sino con marcada repugnancia y en virtud solo de la fuerza que éste adquiere por el mero he-

cho de haberle señalado el tiempo la necesidad de su advenimiento al Poder.

Esta renuncia se concibe, pues el principio destructor de la Revolución, animado en su origen por ideas y miras de suma trascendencia, no tarda en degenerar en una fuerza exclusivamente brutal. Embriagados por el vértigo que produce la misma destrucción, los hombres exaltados llegan á confundir el medio con el fin, olvidan que si destruyen es sólo porque se oponen los elementos del Pasado al establecimiento de los del tiempo presente, y se vuelven enemigos acérrimos de todo movimiento nacional que tienda á entonar la autoridad pública, á reconcentrar todas las fuerzas dispersas por el desenfreno de las pasiones y aplicarlas á la reedificación del cuerpo social.

De aquí resulta, que cuando en el desarrollo de la Revolución se robustece el principio destructor hasta el grado de sofocar completamente al elemento de reedificación social, desaparece una desgraciada nación en las garras de la demagogia enloquecida, la cual no tarda en sepultarse á sí misma bajo las ruinas que se ha complacido en amontonar.

El pueblo francés tuvo la gran dicha de encontrar oportunamente el principio reedificador en el genio inmortal del Primer Consul quien, inspirado por la conciencia nacional y sostenido por la fuerza física de un ejército moralizado y triunfante, puso un dique al ascendiente y mortal progreso del torrente devastador y encadenó la horda insaciable de la anarquía. Así solo

pudo consumarse la Revolución, consignándose sus principios reformistas en el código Napoleón santuario de los derechos y de las garantías del pueblo francés, monumento elevado á la posteridad como gage de union entre los hijos de una gran nación, reconciliados, en fin, bajo la égida protectora de la triunfante Reforma.

Pero alejémonos del espectáculo imponente y tan fecundo en consecuencias generales que presenta la Revolución francesa cuyos resultados conquistaron al pueblo que la consumó el derecho de marchar á la vanguardia de la civilización moderna, volviéndose, por decirlo así, el cerebro de la humanidad.

Volvamos la vista hácia nuestra patria, mas cara para nosotros en el colmo de su desgracia que todas las demas naciones del Universo en el zenit de su gloria.

Hemos invocado los recuerdos de la revolución social de la Francia por ser ésta la fuente de donde proceden las reformas inauguradas últimamente en la República Mexicana.

Con los antecedentes que nos ha proporcionado ésta digresion podremos seguir de frente considerando, á la luz de la historia, las transformaciones de nuestra sociedad, subsecuentes á su emancipacion política.

Así como la imprenta propagó en Europa las luces y abrió los ojos al pueblo, la Independencia abrió en México las puertas al Pensamiento y propagó paulatinamente los conocimientos que

daban tanta superioridad á las sociedades de ultramar.

Mas, al principio, siguiendo nuestro país una marcha algo parecida á los primeros pasos inciertos de la propaganda democrática en Europa, el génio tímido aun de nuestros hombres de Estado, al adoptar la forma republicana para nuestro gobierno, no pudo desprenderse de las preocupaciones consiguientes á la primera educacion y rindió homenaje á la omnipotencia clerical, á la preponderancia de las clases privilegiadas.

Pasó la generacion timorata y no tardó en aparecer otra mas dócil á la voz del Progreso, otra mas imbuida en los principios de la moderna civilizaci6n.

Ciertas exigencias sociales llegaron á ser sentidas si no de todos los ciudadanos en general, sí de una fracci6n muy respetable, y las masas, así como habian combatido por la Independencia obedeciendo á un instinto de libertad, se prepararon á combatir de nuevo, por la Reforma, obedeciendo á un instinto de justicia.

Treinta y cuatro años de inestabilidad política habian manifestado de hulto nuestra defectuosa organizaci6n social.

Cambiabanse los gobiernos, sucedianse en el Poder los hombres, pero enarbolando cada vez el mismo estandarte, siguiendo con pocas é insignificantes variaciones el sistema político anterior.

En fin, en 1855, los preceptos de la Revolu-

cion vieron la luz primera en el terreno de la práctica.

Triunfantes los principios proclamados en Ayutla, los caudillos de este movimiento nacional, despues de haber vencido el mas ominoso despotismo militar, rasgaron, por primera vez, el velo del oscurantismo que tres siglos y medio presentaban á la veneracion pública como un baluarte inexpugnable basado en la conciencia religiosa y defendido por intereses formidables.

Destruido este obstáculo, el pueblo mexicano pudo descubrir el nuevo y halagüeno horizonte de su emancipaci6n social.

La victoriosa espada de Ayutla habia cortado la venda nacional que interceptaba la luz de la Reforma, esa venda que tantos odiaban, tantos maldecian, pero que nadie se habia atrevido á arrancar.

Desde ese momento quedó inoculada en México la esencia misma de su gran revoluci6n reformista.

Llegamos á una de las épocas mas críticas y notables de nuestra historia nacional, á una época decisiva de transici6n social y, en vista de lo que ha llegado á ser nuestra sociedad, sin exagerar el estado de su presente ilustraci6n, no podemos menos de admirarnos al considerar el camino inmenso que ha recorrido en el corto espacio de treinta y cuatro años.

Esta marcha tan rápida en la senda del Progreso ha sido debida á la extraordinaria precocidad intelectual de nuestros pueblos que pare-

cen, en este respecto, obedecer á la misma ley que desarrolla en tan poco tiempo nuestra exuberante vegetacion.

En 1821, el pueblo mexicano estaba aun sumergido en las tinieblas del fanatismo y de una ignorancia completa.

En 1855 lo vemos enarbolando el estandarte de la Reforma y sintiendo ya la necesidad imperiosa de su influencia en la sociedad.

No se crea, sin embargo, que en ésta fecha, destruidos en su mayor parte los intereses y las resistencias del Pasado, presentabase fácil y seductora la transformacion de la sociedad mexicana.

Poderosísimo el elemento defensor de los principios establecidos, preparabase terrible y encarnizada la lucha entre ellos y los de la indomable Revolucion.

Presentabase el Pasado con iracundo aspecto, fuerte, amenazador, impaciente de trabar la lucha. Dabanle una confianza ciega en su triunfo no solo la fuerza moral de principios que durante trescientos cincuenta años habian reinado sin rival, sino tambien el poderoso auxilio de su fuerza material. Todos los elementos que constituyen la vitalidad de una organizacion poderosa, basada en el clero, en el ejército y en la aristocracia desafiaban á la tempestad.

El elemento popular, en contraposicion, hacia oír aquel sordo clamor por el cual anuncia su emancipacion social. Colocado ya en la senda de la Reforma, parecióle tan atractiva, que ansiaba recorrerla toda en un dia, si posible fue-

re, é iniciar de una vez el primer periodo de la Revolucion, el periodo triste pero necesario de la *Destruccion*.

El elemento popular, en este caso, obedecia á un ciego pero natural instinto de lógica superior á las mejores combinaciones humanas que trataren de regularizar una marcha que por su carácter tiene que ser desordenada, violenta y aterradora.

En estos primeros pasos de nuestra reforma social vemos una notable analogía con los que dió á su principio la Revolucion francesa.

Los hombres que inauguraron á ésta, y entre ellos el gran Mirabeau, al ver el abismo en que iba á hundirse la Nacion, retrocedieron espantados, desconocieron el carácter noble y filosófico que habian impreso á la Revolucion y quisieron contener á ésta en su marcha desordenada.

Los hombres de Ayutla, tambien, iniciadores primeros de nuestra reforma social, al entrever el cuadro horroroso que resultaria del desenfreno de las pasiones, al considerar el deramamiento de tanta sangre mexicana, retrocedieron á su vez y quisieron moderar el impulso de la Revolucion.

¡Vanas ilusiones! La Revolucion no se mueve como un río mansísimo cuyo curso se cambia á discrecion, sino como un torrente impetuoso que no obedece á la voz humana y no termina su curso devastador sino al perder el impulso mágico que recibe de una potencia superior.

En vista de estas consideraciones, pálpase

eran falsa, eran pueril es la especie que imputa al golpe de Estado de 1857 todos los males subsecuentes de la República.

¿Como atribuir á un conato ilegal del Poder, en obsequio de la reconciliacion entre los partidos opuestos, los males que proceden del desarrollo forzoso, é inevitable de la Revolucion Social? ¿Cómo atribuirle los efectos causados por el choque de elementos formidables é incompatibles por esencia?

¿Sin el golpe de Estado, habrían enmudecido tres siglos de oscurantismo en choque abierto y decisivo con medio siglo de progresiva ilustracion? ¿habría prescindido el clero de ejercer sobre los pueblos la presion moral que los impulsaba á la desobediencia y á la insurreccion? ¿habría venido á depositar humildemente á los pies del Gobierno su hermosa y codiciada parte de reinado temporal? ¿habría entregado sus inmensos tesoros, abatido sus conventos, abandonado sus fueros? ¿habría, enfin, dejado destruir en un dia su obra de tres siglos y todo esto sin disidencia política, sin conmocion social, sin echar mano de los poderosos elementos de fuerza y accion con que podia no solo defenderse sino aun atacar con vigor?

¿Y la aristocracia, y el ejército, y tantos sostenedores de un orden de cosas que les era tan favorable y tan productivo habrían tambien abdicado filosóficamente su supremacia social?

¿Todas estas fuerzas, todas éstas oposiciones, todas éstas resistencias se habrían disipado como el humo, habriase despejado el horizonte

político quedando limpio y sereno del todo con solo la supresion del golpe de Estado.....?

Esto seria derivar la magnitud de nuestra transformacion social de una causa demasiado mezquina, secundaria y accidental; de un movimiento político impotente por la naturaleza misma de las circunstancias en que se efectuó.

El torrente tenia que precipitar su curso; ningun poder humano podia contenerlo. La Revolucion habria abatido al gobierno de México asi como abatió al gobierno francés.

Un golpe de Estado en semejantes circunstancias es un dique demasiado debil contra el desenfreno de las pasiones: afortunado en su éxito, no hace mas que aplazar muy poco el desquiciamiento inminente de la sociedad: desgraciado, lo precipita; pero el desarrollo decisivo de la tempestad tiene que ejecutarse forzosamente sin que lo afecten de una manera radical acontecimientos tan secundarios.

El golpe de Estado de 1857 puede haber sido inspirado por los sentimientos humanitarios que hemos indicado, pero fué y debió ser impotente porque entrañaba una pretension ilusoria y exorbitante; la pretension de alcanzar el segundo periodo de la Revolucion, el periodo de la Reedificacion social, cuando aun estaba en su cuna el primer periodo, el de Destruccion.

Semejantes actos en política son fecundos en benéficas consecuencias cuando vienen despues de la tormenta y denotan una mano firme y resuelta á mantener por medio de la fuerza un nuevo orden de cosas que peligró por falta

de consistencia y de acertada accion: son fecundos cuando, como el golpe del 18 brumario en Francia, destruyen á la exhausta Revolucion degenerada en espantosa anarquia é inauguran una nueva era de calma y positiva organizacion social; pero son estériles cuando quieren atacar de frente al primer ímpetu, al primer brio de la impaciente é irresistible Revolucion.

Libre pues ésta de las trabas que habian contenido su febril expansion, emprendió veloz su carrera. Desenfrenáronse las pasiones, ardió la tea de la discordia civil, arrose el hermano contra el hermano, el hijo contra el padre y por todas partes cundió la muerte, la miseria, la desolacion.

La Revolucion, dominando el estruendo de las armas, el alarido de las pasiones, el tumulto procedente de un desquiciamiento social: vencida á veces, á veces vencedora, durante tres años exclamó constante: *¡viva la Reforma!* y durante tres años el iracundo Pasado, á éste grito mágico é imperioso, constante respondió: *¡viva la Reaccion!*

A pesar de este cuadro tan sombrío que considera nuestra imaginacion adolorida, los efectos de nuestro drama revolucionario han sido incomparablemente menos funestos que los de la tempestad social que padeció la Francia.

La Providencia, que nos dió por morada este Edén del Universo, no permitió que lo profanaran las escenas de enloquecimiento humano que empañaron con manchas indelebles algunas páginas del libro de oro de aquella gran nacion.

Esta diferencia notable entre ambos pueblos, durante su tormenta revolucionaria, proviene de causas genéricas de suma importancia.

Nuestra sociedad, al proclamar el advenimiento de la Reforma, no resintió en igual grado que la Francia, los agravios y la tiranía que causaron la explosion popular de ésta Nacion. Nuestros pueblos, diseminados en una extension de territorio inmensa y riquísima, no conocen el aguijon de la necesidad que exaspera á las clases pobres de Europa, ni resienten por consiguiente la envidia que éstas profesan á las clases acomodadas. Además, la benignidad de nuestro clima tan suave, la hermosura de nuestro cielo y los encantos naturales de este suelo pátrio contribuyen á dulcificar el carácter y la ferocidad de las pasiones.

Sin embargo, nuestros padecimientos, aunque ínfimos con relacion á los de la Francia, no por eso han dejado de alcanzar un grado tal de fuerza intrínseca que se han llenado de luto todas las clases de la sociedad.

Pero coloquémonos á una altura mayor y considerémos á la Revolucion bajo su aspecto moral.

Veámosla invencible, seductora, llena de constancia y abnegacion, ora inspirando á su primera víctima el jóven y heroico Calderon, personificacion del militar sin miedo y sin tacha, ora entregando la palma del martirio á las nobles víctimas de Tacubaya. Veámosla sosteniendo la fé de las falanges liberales en un largo periodo de padecimientos sin número y de repetidas derretas: pero ganando en el dominio

de la opinion todo el terreno que solia perder en los campos de batalla. Veámosla, en fin, aniquilando poco á poco, con su fuerza invisible, la potencia del Pasado hasta que llegó el dia en que, dando su acostumbrado grito de ¡Viva la Reforma! no contestó el de ¡Viva la Reaccion!

Es que la Revolucion habia triunfado.

¿Donde y como? ¿En Calpulalpan, por medio de una victoria que abrió el camino de México al gobierno de Vera-Cruz?

No Señores, el triunfo de las armas lo habíamos conseguido varias veces antes sin resultado mayor.

Lo que la fuerza material dá hoy, mañana lo puede quitar.

El triunfo á que aludimos es un triunfo mas brillante que el de las hazañas militares, un triunfo tan superior á éste como lo es á la materia el soplo divino de nuestro ser moral.

La Revolucion habia triunfado en la opinion de la Nacion. Quedaban disipadas las nubes mas densas del oscurantismo y abiertas, para el futuro, las puertas de la ilustracion nacional.

¿Es decir acaso que no quedaba rastro de oposicion moral ó de oposicion armada? ¿Es decir que las masas, libres completamente de los vinculos de la ignorancia, habian alcanzado el apogeo de la regeneracion social?

No por cierto: pero sí asentamos que en la gran lucha que libraron las preocupaciones del Pasado á las exigencias del tiempo presente es-

tas últimas se sobrepusieron irrevocablemente á aquellas.

Herido de muerte el espíritu de sumision pasiva que dominaba á nuestro pueblo, pudo éste levantar la cabeza y ver en toda su desuñdez el ídolo que habia adorado. Atacados de frente la ignorancia y el fanatismo, pedestal sobre el cual habia llegado á levantarse tan alto el principio vencido, tuvo éste que caer en virtud de su propio peso, cediendo el campo á una deidad mas digna del moderno imperio, á la Reforma.

El país saludó su régio advenimiento, cubrióla de hermosas flores, perfumóla con rico incienso y elevó gracias al Todopoderoso por la cesacion de una guerra fratricida, por el feliz término del período de *Destruccion*.

Es que veia la inauguracion de una era nueva: iba á palpar los decantados beneficios de la Revolucion reformista: entreveia á un gobierno fuerte, justiciero y moral cuyos primeros afanes, cuya patriótica solicitud emprenderian desde luego la obra magna de la Reedificacion social.

Arrancadas violentamente las bases del edificio antiguo, habia este caido con horroroso estruendo dejando á los pueblos desamparados, expuestos á la intemperie de las pasiones revolucionarias, sin abrigo positivo contra los malos instintos y sin defensa contra los abusos de la fuerza material.

Inminente era pues la necesidad de levantar, sobre las bases que habia elaborado la Reforma, un nuevo edificio social á cuya sombra pudiera descansar la exhausta Nacion y cicatrizar las

profundas heridas que le habia hecho el período destructor de la Revolucion.

El pueblo mexicano tuvo pues un momento de dicha y de esperanza. Dió por bien sufridas las recientes calamidades públicas, por bien vertida su sangre y por envidiable su afliccion pasada con tal de ver á la Reforma descender de las sublimes regiones de la teoria al real y positivo terreno de la aplicacion.

¡Ilusiones de un dia!

¿Por qué fué tan corta vuestra existencia?
¿Por qué contiene hoy la multitud aquellas muestras recientes de público regocijo? ¿Por qué brotan de nuevo las lágrimas de la Nacion?

Es porque el pueblo mexicano ha sido engañado en sus legítimas y halagüeñas esperanzas: porque bajo el ilusorio manto de la Libertad, la Anarquía es la que se ha enseñoreado de la situacion: porque terminado el período de la Destruccion no aparece el de la Reedificacion social y sigue el país caminando á la aventura en la atmósfera corrompida de un mismo círculo vicioso esperando, de un dia á otro, perecer de inanicion.

Los momentos mas críticos para la suerte de un pueblo no son los que preceden á su gran convulsion social ni los que coinciden con ella, sino los que la siguen inmediatamente. Estos momentos deciden de la cosecha sagrada de la Revolucion por cuyo logro se ha regado tan generosamente la tierra nacional con la sangre y lágrimas de sus hijos.

Durante este tiempo de transición, todas las

clases de la Sociedad, sin distincion de partidos, consideran con ánsia la marcha de la cosa pública porque todas han padecido durante la tormenta y todas reclaman un bálsamo para aliviar las heridas que ésta les ha causado.

Por todo el país no se ve mas que la *ruina*, y en todo el país se siente un instinto natural de *reedificacion*.

El mismo elemento vencido espera éste nuevo período para ver si puede prescindir de sus antiguas preocupaciones y ódios recientes en obsequio de la paz pública y mediante las garantías que le otorgue la triunfante Revolucion.

Pero desgraciada la nacion que no aprovecha éstos momentos preciosos, que se embriaga con apreciaciones erróneas de la situacion y que se esfuerza en inspirar una seguridad engañadora cuando está inminente un nuevo cataclismo social.

Los himnos extemporaneos á la Victoria, cuando aun no se ha sacado de ésta el debido provecho, estravian la opinion pública y enervan el carácter nacional.

En vista de éstas consideraciones ¿qué sentimientos nos inspira el cuadro que presenta nuestra patria desde que en ella triunfó la Revolucion?

¿Qué es lo que hemos alcanzado? ¿qué es del cumplimiento de las seductoras promesas de la Reforma? ¿hasta donde hemos levantado el nuevo edificio social?

Pero seamos menos exigentes é indaguemos solamente ¿á donde están las fundamen-

tales garantías de la vida y de la propiedad que sirven de base al mas grosero pacto social?

En vano las buscaríamos en la actualidad bajo el hermoso cielo de México.

Este desgraciado país, despues de las horrosas convulsiones de una crisis terrible, no tiene siquiera los beneficios de la convalecencia y sigue presa de la Destrucción.

Los caminos y aun las ciudades mas populosas, infestados por bandidos, asesinos y criminales de todo género, no presentan seguridad alguna al ciudadano honrado y pacífico.

La agricultura, la industria y el comercio, careciendo de las primeras garantías, están en el último grado de decadencia.

La bancarota nacional, inminente, complica cada dia mas nuestra situacion interior con el amago de las potencias extranjeras.

Presa de las hordas salvajes nuestra frontera septentrional, lo es de hordas civilizadas todo el resto de la Nacion.

Nuestras masas, que de la sublime religion cristiana no conocen mas que el culto exterior, privadas hoy del esplendor con que éste las deslumbraba y alimentaba su fanatismo, no encuentran en su conciencia, para salvarse de la creciente desmoralizacion, los principios profundos y saludables del Evangelio que no se les han sabido inculcar.

En fin, paralizados los nervios vitales de nuestro mecanismo social, no hay ciudadano cuya vida ó cuya propiedad no peligre diariamente entre manos de mil reyezuelos improvi-

sados por el Caos espantoso que nos domina, y que ya con la máscara de la Libertad, ya con la de la Religion, imponen á los pueblos la tiranía mas ominosa, saciando sus mas viles pasiones.

Para obviar á semejante estado de cosas, dos fracciones irreconciliables de la Sociedad y enemigas de todo desenlace político que no sancione precisamente los ensueños de su acalorada imaginacion, presentan á la vez los siguientes remedios:

Por una parte, el partido exaltado revolucionario, atribuyendo el origen de estos males á la brevedad del período de *Destrucción*, quisiera llevarlo hasta el *Terrorismo* que en 1793 asimiló á la Francia á un vasto cementerio y á los Franceses á fieras enfurecidas sedientas de sangre humana; la naturaleza de nuestros pueblos, sus circunstancias presentes y sus antecedentes históricos no llegan á modificar en lo mas mínimo este sistema de salvacion.

Por otra parte, el partido exaltado conservador, atribuyendo á su fuerza intrínseca y á la debilidad de la Reforma los efectos que no proceden sino de la impericia y de la inercia del Poder público, sueña en un despotismo clerico-militar parecido al que llevó á cabo las matanzas de la San Barthelemy y esclama en su delirio *¡la Reaccion ni pide ni da cuartel!*

Así es que ambos partidos exaltados, por no haberse iniciado con tiempo el período de la Redificacion social que hubiera moderado hasta cierto punto su respectiva efervescencia, con-

tribuyen hoy día, á cual mas, al aniquilamiento completo de nuestra Sociedad y á la final destruccion de la nacionalidad mexicana.

Conciudadanos: ¿qué entre éstos dos extremos no hay un termino medio racional y patriótico? ¿Qué entre el terrorismo revolucionario y el terrorismo reaccionario no hay un partido esencialmente nacional deseoso antes que todo de salvar á nuestra agonizante Sociedad?

Si por cierto: y el dudarlo sería criminal, el dudarlo entrañaría el último grado de la desesperacion, el anonadamiento de nuestra entidad política y social.

Existe ese partido y lo forman todos los ciudadanos pacíficos que no aguijona un aspirantismo desmedido ni esa fiebre de adquisicion ilegal que se está desarrollando con tanta fuerza en la República: lo forman todos los ciudadanos cuya actividad fecunda y benéfica se hace sentir ya en la esfera mas alta de la Sociedad, ya en la de la mediocridad laboriosa, ya en los rangos de la clase proletaria: lo forma el gran elemento productor, el principio vital de la Nacion y, siendo tributarios suyos la agricultura, la industria, el comercio y los demas ramos de prosperidad pública, comprende en sus filas á la gran mayoría del pueblo mexicano.

Ese partido pertenece pues, por simpatias ó por conveniencia, á la época presente de progresiva ilustracion y está pronto á volverse la base principal de nuestra Sociedad reformada.

Pero si existe en la República un partido tan poderoso, un partido que posee naturalmente

la fuerza moral y física de todos los demas, con escepcion de sus respectivos elementos exaltados, ¿como no domina la situacion? ¿cómo se deja avasallar sucesivamente por dos facciones que no cuentan con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos?

Es porque la guerra civil remueve de tal manera á una nacion que la hez de la Sociedad se levanta á la superficie y comete, á la sombra de banderas políticas, abusos de todo género, intimidando por medio de su audacia y fuerza brutal á la gran mayoría de los ciudadanos pacíficos y beneméritos.

Terminada la guerra, éstos ciudadanos permanecen bajo la influencia de su primer terror y paralizan así todos los elementos de fuerza y accion que tienen á su alcance, porque ó no quieren filiarse á ninguno de los partidos extremos, ó no sienten en el presente estado de cosas un aliciente capaz de hacerles abandonar la causa que la suerte ó circunstancias anteriores les han hecho abrazar.

Para que esos poderosos elementos se pongan en movimiento, preciso es que lleguen á tener una bandera protectora, es decir, que lleguen á preponderar en la balanza política del país como preponderan en su balanza social. En otros términos, preciso es que se inaugure, bajo los auspicios de un gobierno fuerte y justiciero, el segundo período de la Revolución, el de la Reeducacion social.

El Pasado está vencido y vencido sin remedio: la omnipotencia clerical y los fueros de

las clases privilegiadas no pueden resucitar.

La Revolucion ha demostrado su fuerza irresistible, pero tócale ahora demostrar que no deja esterilizar su victoria. Tócale, no decir, sino hacer palpar cuan benéfica es su influencia sobre la Sociedad, y para ésto necesita ofrecer garantías al partido vencido para que éste, protegido en sus legítimos intereses por los principios fundamentales de la misma Reforma, se acostumbre á considerarlos como un amparo contra el desórden y la arbitrariedad y prescindá de cifrar su única salvacion en la insurreccion armada.

A ésta obra magna de Reedificacion contribuiría la fraccion de nuestro clero verdaderamente cristiano que, en vez de excitar á sus ovejas á devorarse entre sí, está pronto á dar su vida por ellas.

A ésta obra contribuiría igualmente la fraccion del ejército que puede servir de base á su futura regeneracion y volverse, como en todos los demas países, el baluarte del honor nacional y de la integridad del suelo pátrio.

Y no se diga que éste sistema protector de la Revolucion triunfante representa aquel moderantismo que lo quiere todo y no quiere nada.

No Señores: éste sistema protector de la Revolucion es el que salvó á la Francia de las garras de la anarquía, es el que ha dado vida á los pueblos que la fiebre revolucionaria ha querido consumir.

¿Pretenderémos nosotros alcanzar un resultado parecido al de las naciones que la Reforma

ha regenerado, valiendonos para ello de medios diametralmente opuestos?

Nó por cierto: no podemos ser la escepcion de la humanidad; unas mismas causas tienen que producir efectos semejantes.

Al fenecer el período de la Destruccion, la Reforma tiene que inaugurar con actividad y energía el de la Reedificacion social so pena de desvirtuarse y comprometer su triunfo final.

Pronto cansa á los pueblos el republicanismo de Marat ó de Robespierre, paréceles mucho mas halagüeño el de los Girondinos, y parécenles también los trabajos del Consejo de Estado que dió á luz el Código Napoleon mas fecundos en resultados benéficos para las libertades y las garantías públicas, que la grito de los clubs y la efervescencia de las pasiones.

En el curso de las observaciones que hemos desarrollado bajo la inspiracion de los males presentes de la Pátria, nos ha cabido la triste suerte de derramar lágrimas amargas cuando nuestro corazon quisiera haberse entregado sin trabas al público y nacional regocijo.

Hemos manifestado el estado de nuestra Sociedad con relacion, tanto á sus antecedentes y analogías históricas, como á su presente malestar y necesaria salvacion.

Terminaremos invocando, en obsequio de la paz de la República y de la union entre sus hijos, el recuerdo mas grato de nuestras glorias nacionales, el de la consumacion

de la Independencia que empeña hoy día la gratitud de todo corazón mexicano.

En las filas del ejército trigarante, que hace cuarenta años entró á México, marchaban muchos los caudillos que capitaneaba Guerrero y los que habían seguido la estrella de Iturbide. Escribíanse éstos mutuamente la mano y latían acordes sus corazones.

En ese día glorioso y memorable, todos los Mexicanos, echando un velo sobre el Pasado y fijando el Porvenir á la sombra de las tres garantías, sofocaron su reciente enemistad bajo el manto augusto de la Independencia nacional.

Esperémos en el Todopoderoso que ésta interesante fracción de la humanidad, á la cual se ha dignado dar la patria mas hermosa del Universo, no despreciará el magnánimo ejemplo que le dieron sus padres. Esperémos que, en vista de garantías generales y positivas que faciliten la unión y la acción de todos los Mexicanos en obsequio de su definitiva organizacion social, éstos echen el velo sobre un Pasado que no puede volver y fijen, á su vez, la vista en el Porvenir que, para México así como para las demas potencias del Orbe, será glorioso y risueño bajo la sombra protectora y fecundante de la Reforma nacional. — D. J. E.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

